

## Juan 6:1-15

Sermón Juan 6:1-15 Pentecostés 10

Después de esto, Jesús fue al otro lado del Mar de Galilea, el de Tiberias. Y lo seguía una gran multitud, porque veían las señales que hacía en los enfermos. Entonces subió Jesús a un monte y se sentó allí con sus discípulos. Y estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos. Cuando alzó Jesús los ojos y vio que había venido a él una gran multitud, dijo a Felipe: —¿De dónde compraremos pan para que coman estos? Pero esto decía para probarlo, porque él sabía lo que iba a hacer. Felipe le respondió: —Doscientos denarios de pan no bastarían para que cada uno de ellos tomara un poco. Uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro, le dijo: —Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos pescados; pero ¿qué es esto para tantos? Entonces Jesús dijo: —Haced recostar a la gente. Había mucha hierba en aquel lugar, y se recostaron como en número de cinco mil hombres. Tomó Jesús aquellos panes y, después de dar gracias, los repartió entre los discípulos, y los discípulos entre los que estaban recostados; de igual manera hizo con los pescados, dándoles cuanto querían. Y cuando se saciaron, dijo a sus discípulos: — Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada. Recogieron, pues, y llenaron doce cestas de pedazos que de los cinco panes de cebada sobraron a los que habían comido. Entonces aquellos hombres, al ver la señal que Jesús había hecho, dijeron: «Verdaderamente este es el Profeta que había de venir al mundo». Pero entendiendo Jesús que iban a venir para apoderarse de él y hacerlo rey, volvió a retirarse al monte él solo. Jn 6.1-15

Aunque no lo parezca, este texto habla de prioridades. ¿Qué debemos estar buscando en Dios, en Jesús? Es evidente lo que buscaban los hombres que rodearon a Jesús en nuestro texto. Buscaban milagros al comienzo, y al final buscaban comida y liberación política. Y el texto nos muestra que Jesús había sanado a muchos, y proveyó en esta ocasión comida para una gran multitud. Pero cuando eso era todo lo que los hombres buscaban en él, Jesús se retiró de ellos. No para eso había venido.

Al comienzo de este texto vemos a Jesús en la cumbre de su popularidad en Galilea. Se nos dice que “la gente lo seguía”. Muchas veces ni era posible descansar porque tanta gente lo estaba buscando. Pero vemos un detalle que nos indica que tal vez no todo era como parecía. Como motivo por buscarlo tenemos lo siguiente: “porque veían las señales que hacía en los enfermos”. Su preocupación no fue su pecado, su condenación, el juicio de Dios. Fue el beneficio terrenal de la salud lo que les interesaba.

Sin embargo, Jesús no los rechaza, sino comienza a enseñarles. Pero estaban en un lugar donde sería difícil que la gente encontrara comida. Jesús mismo estaba consciente de esa dificultad, y lo mencionó a Felipe y a los demás discípulos. “—¿De dónde compraremos pan para que coman estos?” La reacción de Felipe es que es imposible. “Doscientos denarios de pan no bastarían para que cada uno de ellos tomara un poco”. O como lo traduce la Nueva Versión Internacional: “Ni con el salario de ocho meses podríamos comprar suficiente pan para darle un pedazo a cada uno”. Seguramente esto llevaba a los discípulos a considerar aun más los recursos que tenían disponibles. Al proceder el día, los discípulos se ponen preocupados. ¿Por qué es Jesús tan desconsiderado, al seguir enseñándoles hasta tan tarde cuando era evidente que la gente — y ellos— ya pasaban hambre? ¿Por qué no despedía a la gente para que al menos habría la posibilidad de que pudieran comprar algo para satisfacerse antes del anochecer. “Cuando anochecía, se acercaron a él sus discípulos, diciendo: —El lugar es desierto y la hora ya avanzada. Despide a la multitud para que vayan por las aldeas y compren algo de comer” (Mt 14.15). Jesús, entonces, les dice a ellos que deberían darles de comer. “No tienen necesidad de irse; dadles vosotros de comer” (Mt 14.16). Exasperado, Andrés indica que hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos porciones de pescado. Pero también su reacción es: “pero ¿qué es esto para tantos?”

Aunque Jesús mismo había sugerido el problema, él por su parte sabía lo que iba a hacer. Pero quería que los discípulos mismos lucharan con la dificultad por un tiempo, aunque el resultado fue desesperación y hasta duda de la sensatez de Jesús al dejar que la gente se quedara escuchándolo hasta tan tarde.

Esto seguramente no es lo que Jesús deseaba. ¿No recordaba el milagro en las bodas de Caná cuando él pudo convertir varias tinajas de agua en vino para la fiesta y para lo demás del año? No recordaba cómo habían trabajado en la pesca toda la noche sin pescar nada, y cuando Jesús les dijo bajar sus redes en el mar recogían tanto pez que la barca comenzaba a hundirse? ¿Realmente no se les ocurría que Jesús no estaba limitado a las posibilidades humanas, sino podía hacer mucho más de lo que parecía posible para los seres humanos? ¿No era hora de ejercer su fe, y no limitarse a las posibilidades humanas?

¿No hay una lección para nosotros aquí? ¿Cuántas veces no nos desesperamos cuando tenemos algún problema y no vemos ninguna respuesta humana a la dificultad? ¿Cuántas veces no

pensamos que Dios se equivoca en la forma en que trata con nosotros! Y todo el tiempo, Dios sabe lo que va a hacer, así como escuchamos aquí de Jesús: “Pero esto decía para probarlo, porque él sabía lo que iba a hacer”. El propósito era que Felipe expresara su fe en la providencia de Jesús, y no dependiera sólo de sus propios recursos. Jesús puede tener un propósito similar cuando permite que nosotros enfrentemos una enfermedad, la pérdida de un trabajo, problemas financieros, dificultades con un hijo, etc. No es para que nos desesperemos, sino para que acudamos a él en fe y confiemos en él para resolver el problema.

¿Y qué es lo que Jesús hace aquí? Manda a los discípulos hacer que la gente se sienta, y luego toma el pan y los pescados del muchacho, pide la bendición de Dios en la comida, y por medio de sus discípulos distribuye la comida. Y aunque Andrés había dicho que el salario de ocho meses no sería suficiente para que cada uno tuviera “un poco”, escuchamos que toda la gente comía y “se saciaron”. Comían tanto como querían, y eran 5000 hombres, además de mujeres y niños. Jesús no sólo había enseñado a la gente importantes verdades espirituales ese día, había demostrado su poder divino y su bondad al satisfacer el hambre de tanta gente.

Pero la lección no se había terminado allí. “Y cuando se saciaron, dijo a sus discípulos: —Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada. Recogieron, pues, y llenaron doce cestas de pedazos que de los cinco panes de cebada sobraron a los que habían comido”. Aunque Jesús había suplido generosamente la necesidad de la multitud, no quiere que recibamos a la ligera sus bendiciones. No se debe desperdiciar lo que Dios tan generosamente suple. En este caso, era evidente que las sobras eran aun mucho más que aquello con que habían comenzado. “Doce cestas llenas”, y eso después que todos habían comido hasta saciarse. Verdaderamente servían a un Salvador grande y benigno.

Sin embargo, la gente no procedió de la señal a la realidad. Aunque correctamente concluyeron que Jesús era el profeta de que había profetizado Moisés en Deuteronomio 18, sus ideas de lo que significaba ser ese profeta estaban equivocadas, de tal forma que su intención era tomar a Jesús a la fuerza y hacerlo rey. Lo veían todavía no como su Salvador, sino sólo como uno que podría suplir sus necesidades físicas. Esto es evidente por lo que Jesús les dice al día siguiente. “Respondió Jesús y les dijo: —De cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis” (Jn 6.26).

Pero Jesús no se iba a dejar usar de esa forma. Cuando comenzamos nuestro mensaje, hablamos de prioridades. Nos recuerda de algo que Jesús nos promete en otro lugar: “Buscad primeramente el reino de

Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”. Cuando estaban escuchando con atención su palabra, Jesús hasta proveyó el pan que necesitaban. Pero cuando sólo buscaban el pan, o la liberación política, o algo por el estilo, escuchamos de Jesús que “volvió a retirarse al monte él solo”. No quería nada que ver con sus proyectos para la vida fácil y sin trabajo o de gloria política.

El día siguiente les dijo lo que debería ser su prioridad: “Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que permanece para vida eterna, la cual os dará el Hijo del hombre, porque a este señaló Dios, el Padre. Entonces le preguntaron: —¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios? Respondió Jesús y les dijo: —Esta es la obra de Dios, que creáis en aquel que él ha enviado” (Jn 6.27-29). Comida que permanece para vida eterna. Eso es lo que realmente necesitamos. Y esto es lo que Cristo nos ofrece en su palabra, en el mensaje de cómo él vino y dio su vida para rescatarnos de nuestros pecados y nuestra condenación. Creer en Jesús, aquel que el Padre envió, esa es la obra que agrada al Padre. Y haciendo esto encontraremos que sin saber cómo, Dios resuelve muchos otros problemas en nuestra vida también.

Pero eso es precisamente lo que hizo que esa gente dejara de seguir a Jesús. No les interesaba la vida eterna, les interesaba esta vida terrenal. Y así en realidad perdieron las dos cosas. “Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás y ya no andaban con él” (Jn 6.66). Esa fue la respuesta a Jesús de muchos de los que lo habían buscado para sanación y para el pan terrenal. Lo dejaron. Ya no andaban con él. Y nuestra respuesta, ¿cuál será?

Amén.